



LA MUSICA

Y

EL NIÑO

EXISTIA antiguamente el concepto de que sólo los individuos dotados de talento musical estaban capacitados para apreciar y sentir la música «seria», negándose tal posibilidad a los seres nacidos sin esa disposición especial. Lo errado de este concepto ha quedado comprobado no sólo por los educadores sino por los mismos aficionados, que se han sometido

voluntariamente a un estudio de apreciación musical. El «gusto» por la buena música se puede cultivar, y la apreciación se adquiere mediante el conocimiento de los elementos que la constituyen y de sus formas de expresión. En la actualidad, no podría hablarse de una cultura general completa si en ella no estuvieren comprendidos dichos elementos.

La afición por la música es tan cultivable como la apreciación de una buena obra literaria, de un buen cuadro o de un interior decorado en el estilo de su época. Las artes están estrechamente unidas por bases comunes que forman su arquitectura: línea, color, profundidad, forma y estilo. Todas estas son facetas de un magnífico diamante: la armonía. Difícilmente se puede ser unilateral en los conocimientos de arte. La pintura, la escultura, la poesía y la música se complementan, porque todas ellas expresan las emociones profundas y dan forma a la imaginación creadora, sólo que difieren en sus medios de expresión. Ignorar uno de ellos es desconocer la íntima relación que existe entre las artes. La música es de todas ellas la que está más cerca del hombre, y no obstante ser su lenguaje el más natural, es el que menos se ha cultivado en la mayoría de la gente. Por otra parte, es una poderosa válvula de escape para la emotividad, y ya sólo por este aspecto vale la pena desarrollar la musicalidad en el niño; fuera de su valor educativo, ejerce una benéfica acción psicológica, descargando su tensión emotiva. Todos necesitamos para nuestro perfecto equilibrio moral y espiritual un medio de expresión, y la música constituye uno de los más ricos; ella sugiere, evoca, conforta y estimula al máximo la imaginación del individuo.

No es preciso tener una educación musical profunda para lograr un verdadero placer

al escuchar música «seria». A menudo un conocimiento general de sus formas, sus recursos y de sus medios de expresión abre al adulto nuevos horizontes, y en el niño, estimula su interés, su curiosidad y sus posibles talentos. Sabemos que el ambiente ejerce mayor influencia que los consejos o cuidados que éste pudiera recibir durante su infancia. Rodeemos al niño de belleza, y éste crecerá familiarizado con el sentido de la estética. Enseñémosle a amar y cuidar sus flores, sus animalitos domésticos, y será un amante de la naturaleza. Démosle buena música, eduquemos su oído y su sentido rítmico y el niño se refugiará en los mundos sonoros, cuando desee expresar algo íntimo de sus emociones. Dar al niño una base musical desde su primera infancia, es proporcionarle un excelente medio de auto-expresión, que quedará íntimamente ligado a la alborada de su vida emotiva. La historia de la música nos señala que el hombre primitivo comenzó por expresar sus emociones en ritmos y luego en sonidos. El niño es primitivo, y en sus expansiones físicas y emocionales recurre igualmente a ritmo y sonido. Si estas son disciplinadas y llevadas con inteligencia proporcionándole medios adecuados para expresarse en forma constructiva, se pueden encauzar espléndidamente y con verdadero provecho para su desenvolvimiento general. El niño es un campo abierto y fértil; sólo hay que esparcir semilla de buena clase para que la cosecha rinda. La música es un nuevo—y un grande—valor en su desarrollo espiritual, a cuya enseñanza debe prestarse una atención preferente.

Estados Unidos es quizás el país donde se da mayor importancia a los problemas educacionales de la niñez, aunque bajo algunos aspectos éstos están aún en el terreno experi-

mental. En otros ensayos, ya se ha comprobado la enorme trascendencia de planes y sistemas concebidos con consideración del factor psicológico del niño en general. El niño es ávido por aprender, pero sí, quiere aprender a su modo. La enseñanza moderna tiende a estimular la iniciativa del niño sin restringirlo. Se trata de despertar su interés en forma amena y sencilla activando su imaginación. En resumen: es preciso fomentar sus facultades creadoras. El maestro no sólo enseña, sino que guía y encausa. En los Estados Unidos se atribuye una gran importancia a estos principios en todos los colegios públicos y privados.

La enseñanza musical en dichos establecimientos educacionales comprende el estudio de solfeo y coros, y abarca igualmente la historia de la música y la apreciación musical en general.

Entre los grandes educadores musicales, en los EE. UU. se destaca la venerable figura de Walter Damrosch, cuyos ya célebres cursos de apreciación musical son difundidos por la radio a todo el país. Junto a él debemos mencionar a Ernest Schelling y sus notables conciertos sinfónicos para niños. Últimamente se está extendiendo mucho el *pipers guild*, sociedad de aficionados que cultivan el legendario arte de la flauta de Pan, confeccionando ellos mismos sus instrumentos de caña. En conjunto reviven antiguas melodías pastoriles, Noels y canciones populares. Muchas veces en los EE. UU. la víspera de Navidad, cuando los carillones de todas las iglesias desgranán las melodías de famosos corales, grupos de niños recorren la ciudad acompañando en sus flautas de Pan los himnos consagrados a esta tradicional festividad, poniendo con ello una nota vibrante y emocionada en el maravilloso silencio de

la noche blanca, donde antes sólo se escuchaba el eco sordo del crujir de las pisadas en la nieve.

La confección de dichas flautas es un excelente medio para la educación del oído, pues el niño las va afinando a medida que perfora los agujeros. Las críticas de un grupo de pequeños oyentes desarrolla paulatinamente el sentido de la estética sonora, y entre todos avalúan el mérito de un instrumento. Si bien recuerdo, este Pipers Guild tuvo su origen en Inglaterra a raíz del hallazgo de una antiquísima flauta de Pan entre objetos de una colección de la Edad Media perteneciente a uno de los caballeros feudales. Luego se formó una sociedad análoga en París y de ahí fué llevada la idea a los EE. UU.

Walter Damrosch es considerado el decano de los educadores musicales en los EE. UU. Alemán de nacimiento, trajo de su país natal toda la sólida tradición musical que lo caracteriza. Hace ya varios años que inició una clase de apreciación musical, radiodifundida por la National Broadcasting Company, y actualmente dicta cuatro cursos paralelos, una vez por semana. Muchas escuelas públicas y privadas recogen estas transmisiones semanales en beneficio de sus alumnos, y se dice que en la actualidad sus oyentes ascienden a ocho millones de almas. Damrosch analiza en el piano las obras que da a conocer por medio de la orquesta sinfónica, y después de hacer un breve estudio de su autor, explica su forma, su historia y su instrumentación.

Schelling, el actual director de la orquesta sinfónica de Baltimore, es otra de las figuras popularísimas en el mundo musical de la gente menuda. Sus conciertos, ejecutados por excelentes instrumentistas, son el aconte-

cimiento artístico del año para miles de niños en todo el país. Generalmente, da una serie de cinco conciertos, en los cuales presenta por partes separadas las cuatro divisiones mayores de los instrumentos de la orquesta sinfónica, o sea: cuerdas, viento, bronce y percusión. En una charla amena, relata el origen de cada instrumento, su evolución, su capacidad sonora, su técnica, su construcción y su empleo en la gran orquesta. Luego ilustra lo dicho con excelentes proyecciones cinematográficas, donde une hábilmente lo instructivo con anécdotas graciosas y relatos espirituales. Mientras la orquesta ejecuta obras de gran vuelo, miles de niños escuchan en religioso silencio los cantos inmortales de maestros de impercedera memoria. Estos conciertos, cuya duración es de una hora y cuarto, finalizan, generalmente, con una canción popular, que el auditorio canta de pie. Al cabo del cuarto concierto, los niños eligen por medio de votación las obras que desean escuchar en la audición final, en la cual se da a conocer el nombre y los premios de aquéllos que hayan presentado los mejores trabajos sobre lo que han aprendido y sobre la música que han escuchado en los conciertos anteriores. Para estimularlos se les reparte unas carpetas atractivas (fig. 1), en las cuales deberán guardar los programas. Estos contienen anotaciones condensadas, sobre la historia de la música y de los instrumentos a que Schelling se referirá ese día. En su charla, comenta y desarrolla dichas anotaciones, y aquí es donde entra en juego la observación y la iniciativa del niño. Este deberá presentar en su trabajo, por escrito, su impresión personal de todo lo que ha recogido durante los conciertos. Los concursos se dividen por edades, para que la competencia esté al al-

cance de todos. Los abonos para estos conciertos sinfónicos se agotan con muchos meses de anticipación.

Los resultados evidentes de esta educación musical pude comprobarlos personalmente, al ver cómo los niños distinguen, sin titubear, los diversos instrumentos por su calidad sonora y cómo se familiarizan con el «carácter» musical de frases de Beethoven, Mozart o Wagner. En un país que está tan impregnado del «jazz», como lo es EE. UU., esto no deja de constituir un hermoso triunfo y una promesa para su futuro cultural.

No obstante el predominio del «jazz» en los EE. UU., hay pocos países donde se ejecute tanta música de cámara en los hogares y donde la difusión musical gratuita esté tan generalizada y al alcance del grueso público. Concurren a los conciertos sinfónicos al aire libre, cientos de miles de personas y las estadísticas demuestran que aquéllos, cuyos programas comprenden obras de aliento y música más «seria», tienen una mayor asistencia que aquéllos de carácter musical más liviano. Aquí me refiero, sobre todo, a las audiciones del Lewissohn-Stadium en Nueva York, a Robin-Hood-Dell en Philadelphia, a los «Pops» de Boston y los del Esplanade

en Washington D. C. a los que he asistido personalmente y cuya excelencia puedo atestiguar. Este solo hecho evidencia una cultura musical, cuyas raíces no son ya superficiales, debido, principalmente, a la importancia y al cuidado que se está dando a todo lo relacionado con la educación musical del niño americano.

En todo orden de cosas, y asimismo aquí, podemos decir que el niño es una planta, que hay que cuidar inteligentemente para lograr su pleno desarrollo. El niño absorbe la irradiación del medio ambiente y su cultura musical estará siempre en relación con la calidad de las obras que se le haga escuchar. La incomprensión de los llamados a guiarlo puede destruir la afición musical latente en el niño y privarlo así de una de las fuentes más delicadas de expresión o de satisfacción espiritual.

En Chile, poco o nada hemos hecho en pro de la cultura musical de los niños y es hora ya de prestar a este interesantísimo aspecto del desarrollo de la personalidad, toda la importancia que tiene para dar a las nuevas

generaciones oportunidades que nuestra generación no tuvo.

Cora
Bindhoff
de Sigren.

